

25 años del Premio Mundial de Poesía Mística

Miguel de Santiago

A mediados de diciembre de 2005 se concedió el XXV Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística. La continuidad, durante un cuarto de siglo, de un premio prestigioso en la promoción de una determinada poesía nos da pie para hacer un recorrido por la historia de este galardón.

En el discurso escrito para la entrega de la XI edición, celebrada en Ávila el 10 de diciembre de 1991, el fundador del premio afirmaba lo siguiente: «El premio establecido por mí no es otorgado a la experiencia mística, sino al poetizar místico. El mensaje del premio lo defino en dos cláusulas. La primera contiene la intencionalidad de que la vida mística sea expresada estéticamente



dentro del marco poético, a pesar de los límites impuestos por la lengua, con clara evocación de la unión amorosa, en aquel sumo grado que sea posible en esta vida, entre Dios y el poeta. Esta primera cláusula que define en sentido estricto la poesía mística es muy difícil de ser verificable. La cláusula segunda es de fácil acceso al poeta porque, dada mi definición mística de la persona humana, éste puede de un modo elemental plasmar en el poema elementos místicos que, aunque sean negados de algún modo por el propio poeta, quedan a su pesar manifiestos. Ha sido concedido, con sus once ediciones, este premio durante once años continuados conforme a esta cláusula suave y en ningún caso conforme a la primera. Débese la razón a una cierta apertura que evitara tener que declarar desierto este Premio Mundial de Poesía Mística».

Durante muchos años el fundador del premio ha enviado un mensaje para ser leído en el momento de la concesión. A través de esos textos Fernando Rielo ha ido dejando plasmada su filosofía sobre el acto poético y su concepción acerca de la teología mística. Un lenguaje difícil adorna sus intuiciones, pero siempre aparece algún destello de más fácil comprensión. Fernando Rielo viene a corregir, o precisa, aquella afirmación de Dámaso Alonso de

que «toda poesía es religiosa», cuando afirma que muchos son los llamados a la poesía religiosa; pocos los escogidos para la poesía mística; el poeta religioso se hace portavoz del hombre ante Dios, a quien busca y se sabe en dependencia existencial de Él, mientras que el místico se hace mensajero de Dios ante el hombre y expresa su alegría existencial por haberlo encontrado (año 1995). Una y otra vez ha repetido que la esencia de la poesía mística consiste en expresar, por medio del arte de la palabra, la unión del alma con Dios. De ahí que los poetas creyentes sean más dados a expresar su fe vivida en extática contemplación, sin fisuras, sin vacilación, en un mundo autista, más que ateo o agnóstico (año 1997).

Promover la poesía mística

El premio fue creado con el fin de promover la poesía mística y encontrar y dar a conocer a aquellos poetas que unan una elevada espiritualidad a una auténtica expresión literaria. Antes que dejarlo desierto, han preferido que, si no se cumplía la premisa de la elevada espiritualidad, era preferible otorgarlo a verdaderos poetas que aportaran una delicadeza digna de respeto, aunque no pudieran ser estimados como místicos en sentido estricto.

El reconocimiento alcanzado por este galardón poético ha permitido que el fallo del jurado y la entrega del premio se hayan celebrado en sedes internacionales tan prestigiosas como la ONU, la Unesco, el Senado francés, el Consejo de la Provincia de Bolonia, la Embajada de España ante la Santa Sede, el Museo del Prado, los Ayuntamientos de Madrid y de Roma...

En su primera edición, año 1981, conseguía el premio **Manuel Álvarez Ortega**, cordobés de 1923, ya entonces con una quincena de poemarios publicados y casi otras tantas traducciones de poesía en lengua francesa. Su libro *Templo de la mortalidad*, literariamente muy digno, está escrito en clave existencialista, cargado de interrogantes en torno al más allá, sabedor de la finitud del ser humano, si bien resulta difícil adivinar en sus versos los asomos «místicos» a que alude el nombre del galardón. El autor continúa, con tonos de épica transcendentalizada, su fascinación por la muerte, con sentimientos elegíacos, y deja que en estos versos perdure su apasionado sentir.

Blanca Andreu, coruñesa de 1959, consiguió el Premio Rielo, con *Báculo de Babel* en 1982. Dos años antes había conseguido el Premio Adonais y continuaba la línea culturalista y surrealista, sus ritmos

entrecortados, las palabras descontextualizadas, una discutible construcción poemática, aunque con un caudal lírico exuberante y sugerente. Un libro discutible y discutido, tanto por la forma (algunos hablan de palabrería confusa e inconexa, de incapacidad discursiva y hasta de melopea surrealista) como por el

*«que la vida mística
sea expresada estéticamente
dentro del marco poético,
a pesar de los límites
impuestos por la lengua,
con clara evocación
de la unión amorosa entre
Dios y el poeta» (F. Rielo)*

fondo (una atea visión mística de la realidad disfrazada por el léxico sanjuanista).

En 1983 **Marin Sorescu** (1936-1996), rumano, fue el ganador con *El Ecuador y los Polos*. Sorescu es un escritor polifacético, muy relevante y conocido en su país, cuya escritura está caracterizada por un estilo desenfadado, suavemente irónico, fantaseador, que atenúa la reflexión grave, desconcertante, a veces feroz en su sentido crítico más profundo.

Alain Bosquet (1919-1998) ganó el año 1984 con *El otro origen*. El libro

podría incribirse en la corriente simbolista francesa, a medio camino entre la épica y la lírica, para cantar toda una cosmogonía de alegorías difíciles, en las que resulta casi imposible encontrar poesía mística e incluso simplemente religiosa.

A sus 26 años el israelí de origen uruguayo **Daniel Ben Rafael Stawsky** ganó el Premio Rielo de 1985 con *Sacrificio y piedra del silencio*. Se trata de un poemario extensísimo, recuperador de una tradición bíblica veterotestamentaria (sálmica y profética), que resulta difícil para quienes no están familiarizados con la literatura judaica, aun-

*el poeta religioso
se hace portavoz del hombre
ante Dios, mientras
que el místico se hace
mensajero de Dios ante
el hombre y expresa su alegría
existencial por haberlo
encontrado*

que el autor ha incluido un amplio epílogo y abundantes notas aclaratorias o exegéticas. A una mentalidad hispana le parecerá más una épica que una lírica mística, sobre todo al tener que leer una traducción/traición.

El prolífico poeta (ya tenía más de veinte libros publicados) y miembro de la Real Academia Española **José García Nieto** (1914-2001), que había formado parte del Jurado en las cuatro ediciones anteriores, consiguió en 1986 el premio con su *Carta a la madre*. Es un poemario algo alejado del sentimiento de serenidad y equilibrio que caracterizó su neogarcilasismo inicial; en él asoma el dolor por los seres queridos ya muertos, al mismo tiempo que un esperanzado optimismo religioso, tan característico de toda su producción poética. Este libro es una larga meditación de gran aliento sobre la angustia existencial (Dios, el tiempo, la muerte, el amor), con reminiscencias del mejor Dámaso Alonso: «Y eras la soledad, y estabas sola / y sonaban los goznes de la noche / y estabas sola...».

En 1987 el ganador fue el senegalés **Charles Carrère**, nacido en 1928, con *Navidad para Malaika*, libro que había sido finalista el año anterior. Compuesto con poemas brevísimos (incluso de cuatro palabras), asmáticos de verbos y adjetivos, el libro está construido como un cuento contado a la africana, manifestando la fe del niño que ya no es y que siente cómo la injusticia golpea sus pupilas inocentes. El poeta se remonta sobre un naturalismo arcano y paradójico para afirmar la trans-

endencia de un Dios que define el destino de los seres humanos.

Con más de setenta años, en 1988, consiguió el galardón uno de los más señeros poetas griegos, **Takis Varvitsiotis**, nacido en 1916, con *La pesca milagrosa*. Con más de una decena de poemarios, muy traducido a todos los idiomas europeos y multitud de premios internacionales, este autor logra en este libro una alta densidad lírica, cargada de imágenes muy emparentadas con el simbolismo. Sin emplear los signos de puntuación, nos lleva a una atmósfera sugerente aun dentro de la austeridad expresiva, casi lacónica.

El costarricense **Laureano Albán** fue el ganador en 1989 por *Suma de claridades*, pocos días antes de cumplir los 48 años. Este escritor y diplomático en España, Naciones Unidas, Israel... ya era un poeta muy conocido por sus libros y sus premios (Adonais, Cultura Hispánica, Internacional de Poesía Religiosa de Burgos). El libro premiado con el Fernando Rielo de Poesía Mística es una evocación melancólica y deslumbrada de la geografía de la infancia del poeta, con sus soles, sus nieblas y sus océanos y la mano cercana de los padres; y, en medio, Dios como claridad infinita.

El hispanista macedonio **Mateja Matevski** (Estambul, 1929) con *To-*

rre negra fue el ganador del Premio Rielo en 1990. Poeta de larga trayectoria nos trae en esta obra un fuerte simbolismo en la búsqueda tenaz de un más allá, en medio de luchas, sinsabores y muertes y ausencias cercanas. La soledad creciente, expresada con un torturado lirismo, se manifiesta en el léxico que lo delata, como si de una permanente pesadilla se tratara. Resulta muy difícil adivinar en estos poemas una mística y hasta una religiosidad trascendente.

En 1991 el libro ganador fue *El salmo del rocío* de la escritora y pintora canaria **Pino Ojeda** (1916-2002), conocida desde su accésit del Premio Adonais de 1953. A sus 75 años consiguió el Premio Rielo con un poemario compuesto con versos de arte menor, de gran intensidad religiosa, muy cercano a ese momento de la mística que expresa el encuentro íntimo de la autora con Dios. Fruto de esa cercanía divina, la palabra poética adquiere una inusitada luminosidad y una delicada transparencia, abriéndose en determinados momentos a un canto coral entusiasmado por el encuentro con la luz y el amor de Dios. Es una poesía sencilla y sin grandes complicaciones estilísticas o estructurales.

Con su quinto poemario *El exilio y los templos* ganó en 1992 el poeta cordobés, nacido en 1937, **Rafael**

Gómez Rivera. El libro, caracterizado por su abundante simbología, utiliza distintas formas y estrofas y aparece cargado de evocaciones y sugerencias, si bien lleva un título de escaso acierto y se muestra heredero de la mística ortodoxa y de la heterodoxa. Aunque, como no podía ser de otro modo, el autor expresa la impotencia humana para alcanzar la perfección del Amor, en medio de sufrimientos y ausencias, canta agradecido al Dios que se ha expresado en la Palabra. Esta comunicación de amor entre Dios y los hombres se torna a veces oración que puebla los templos sagrados del Silencio.

En 1993 el libro galardonado fue *Del más allá*, del búlgaro **Liubomir Levchev**, nacido en 1935, con catorce poemarios en su haber y quizá el autor más relevante y prestigioso de su país. El exilio interior y la injusticia circundante están abordados con versos de poderoso aliento y enorme fuerza vital. Por medio de un lenguaje sencillo y empleando imágenes tomadas quizá del surrealismo, el poeta alcanza intensidad lírica en la manifestación del dolorido sentir. Cuando se despide de un pasado vivido en una historia y un momento concretos (países del Este europeo, años 80-90), el libro adquiere tonos conmovedores y a un tiempo esperanzados.

Montserrat Maristany, barcelonesa de 1923, monja del Carmelo de Igualada, fue la ganadora en 1994 con *Música callada*, una colección de poemas —más que un libro estructurado—, donde se adivina el afán de la autora por utilizar todas las formas estróficas clásicas, rimas y ritmos, y por superar airoosamente la prueba. Hay versos inspirados fundamentalmente en los grandes místicos del Carmelo abulense (ni el título lo disimula), amén de otros clásicos, en los cuales nos sorprende con arrebatos místicos de un alma enamorada del Amor, pero en los que también se torna sermonaria. La autora está, pues, alineada sin complejos en la estela del clasicismo y muy alejada de las fórmulas poéticas dominantes en el último siglo.

Territorio del sueño, libro con el que su autor superaba la cincuentena de los publicados, añadió en 1995 un galardón más a la ya larga lista de los conseguidos por **Luis López Anglada**, militar nacido en Ceuta en 1919. En este poemario, sin descuidos formales y escrito con gran oficio, se advierte una sincera religiosidad que logra aunar hondura y delicadeza, claridad y cercanía, con la apoyatura de los textos evangélicos, y también una experiencia sacramental, misteriosa y devota, como ponen de manifiesto los sonetos dedicados a la Eucaristía.

Miguel de Santiago, palentino de 1948, fue el primer sacerdote que ganó el Premio Rielo. Y lo hizo en 1996 con *Vigilia*, dos años después de haber conseguido el accésit con *Parábolas del sueño*. [Parece elemental que el autor de este artículo no escriba ahora sobre su obra y transcriba textos de otros críticos literarios]. José Antonio Carro dice que *Vigilia* culmina una trilogía poética, cuya estructura debe mucho a la vivencia pascual y tiene algo de leccionario, de reflexión y de canto; hay mucha simbología pascual y una recurrencia hermosa, esperanzada y creyente. Marisa Rodríguez Abancéns habla de poemas de corte existencial abiertos a la trascendencia. Rafael Alfaro afirma que estamos ante un libro poético —hondo y cuajado con grandes símbolos— escrito con la intención de expresar una teología, sobre todo en sus aspectos soteriológicos, de traducir una dogmática a la poesía. Y Florencio Martínez Ruiz concluye que, con palabra irradiante y el estilo de un poeta temporal e intemporal a la vez, el autor ha escrito un libro inefable que le convierte en el máximo poeta religioso de hoy.

En 1997 **Rafael Matesanz** (1933-1999), sacerdote segoviano, consiguió el premio con *Cartas al cielo*, justo dos años antes de morir. El poeta se siente profeta, urgido a co-

municar la luz que lleva en sus entrañas, y dirige sus cartas desde el asombro de este mundo a Dios, Jesucristo, María, José, Francisco de Asís o Juan de la Cruz. Con bello lenguaje y expresión serena, imágenes transparentes y versos cuidados, el autor expresa y comunica con optimismo su amor comprometido para con Dios y con el hombre.

el reconocimiento

alcanzado por este galardón

poético ha permitido

que el fallo del jurado

y la entrega del premio

se hayan celebrado

en sedes internacionales

de gran prestigio

El año siguiente, 1998, *Mientras espero* fue el libro ganador, obra de **Julio Heladio Martín de Ximeno** (1923-1999), sacerdote abulense. El poemario —el primero publicado por el autor a sus 75 años— es muy desigual, con bastantes descuidos formales (versos mal medidos, asonancias cercanas, romances no mantenidos), con algún guiño al Romancero clásico, pero escrito con una preocupación temática muy explícita: ascética lucha, búsqueda inquieta, purificación tras la noche, alegría por el encuentro, descanso

en el amor... Estamos ante un libro esperanzado ante la próxima unión con Dios, donde el poeta utiliza versos sencillos, cargados de confianza y ternura infantil.

En 1999 otro sacerdote, el redentorista **Miguel Combarros**, leonés de 1929, consiguió el premio con *El don de la palabra*, un excelente poemario de versos fluidos y armoniosos y con metáforas e imágenes que delatan la gran cultura humanística del autor y la profundidad de sus intui-

«el poeta puede plasmar
en el poema elementos
místicos que, aunque
sean negados de algún
modo por él mismo,
quedan a su pesar
manifiestos» (F. Rielo)

ciones. El libro se sostiene en un tono oracional para cantar su júbilo y su agradecimiento por el don de la palabra, que es imagen y semejanza de la Palabra divina, que se encarnó en la naturaleza humana y que va dejando su eco en las cosas creadas.

Francisco Mena Cantero, manchego de 1934, aunque afincado en Sevilla, con una veintena de poemarios publicados, consiguió en el año 2000 el Premio Rielo con *La fe que*

nos lleva. De las 38 composiciones que conforman el libro, 28 son sonetos, lo que le da una cierta monotonía, pese a la maestría con que los poemas están escritos. Creador unas veces de logradas imágenes líricas y asimilador, otras, de las provenientes de la mejor literatura religiosa, bíblica o mística, el autor confiesa una fe integrada en su historia personal como hombre y como poeta. Esta poesía manifiesta un humanismo abocado a lo trascendente.

En 2001 **Antonio Gracia**, alicantino de 1946, fue el ganador con su séptimo poemario, *La epopeya interior*, uno de los mejores libros galardonados con el Premio Rielo. Pese a que nunca aparece el nombre de Dios en sus versos, se percibe un aroma de transcendencia y hasta de panenteísmo, una vez que ha dejado atrás las dificultades y dolores de un tiempo pasado; no están ausentes los grandes interrogantes existenciales ni el camino de purificación en la noche oscura, pero asoma la serenidad cuando se vislumbra la luz sagrada.

José Javier Aleixandre (Irún, 1924) añadió en 2002 el Premio Rielo al más de medio centenar de galardones conseguidos con su poemario número 18 titulado *Para no morir del todo*. El libro es una confesión de fe en Dios, el solo necesario, el que es-

tá presente en medio de la vida cotidiana y en los seres queridos y el que también se hace presente de modo irresistible en la Eucaristía.

A sus setenta y tantos años la chilena **Irma Bettancourt**, con muchos poemarios inéditos, ganó en 2003 con *Desde el telar del tiempo*, un libro demasiado largo y, por tanto, proclive a las reiteraciones: compuesto fundamentalmente a base de exclamaciones, donde están ausentes los verbos y son muy escasos los adjetivos. El libro contiene monólogos de una enamorada de Dios, que rezuman optimismo religioso en el diario existir. La experiencia íntima de lo divino desde los acontecimientos cotidianos aparece en un canto directo y plano, dando lugar a muy pocas metáforas o recursos literarios. Esta poesía suena sincera y prorrumpe en alabanza y en súplica constante, y en ella pueden advertirse evocaciones de la literatura sálmica.

Gilberto Gómez, obispo auxiliar de Abancay (Perú), nacido en la provincia de Pontevedra en 1952, ganó el Premio Rielo en 2004 con *Via lucis*. Todo el poemario es un monólogo de Cristo con su Padre y con sus cristos seguidores, los que quieren identificarse con Él y vivir su misma vida; se sirve de las catorce estaciones del viacrucis —en una de las cuales aparecen insertadas las

siete palabras pronunciadas desde la cruz— y la decimoquinta estación postpascual. El libro está perfectamente estructurado, lo que facilita la comprensión, sobre todo si se está en la clave teológica y si se lee como un solo poema. El libro está plagado de alusiones tanto de

el premio Fernando Rielo

ha puesto de relieve

la rotunda vigencia

de los valores de una

sociedad que, a veces,

parece abocada

a la desesperanza

y el pesimismo

textos de las Sagradas Escrituras como de sus exégesis y sus catequesis, e interpreta el viacrucis en perspectiva redentora. Son además poemas escritos con lenguaje moderno, pese a algún descuido métrico.

En 2005, al cumplirse los 25 años de concesión del Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística, el galardón ha recaído en *Tu mano todo el día* del sacerdote **Teodoro Rubio Martín**. Este ocatavo poemario del autor expresa líricamente, con gran dominio del verso, la relación íntima con Dios: una experiencia de presencia, también de ausencia y de reencuentro. Tejido en torno a los

símbolos de la mano, como presencia cercana, y del mar, como metáfora de lo inabarcable de Dios, el libro evoca con claridad y sencillez la unión con el Amado. Las estaciones espirituales que se dan en la geografía del alma aparecen definidas con certero ritmo versificador.

Prácticamente todos los libros están preciosamente editados por la Fundación Fernando Rielo, a excepción de los de Blanca Andreu, Marin Sorrescu (ambos están publicados en Col. Hiperión), Alain Bosquet (Col. Visor) y José García Nieto (Col. Caballo Griego para la Poesía).

Con gran acierto Isabel Orellana Vilches ha calificado de valiente la iniciativa de Fernando Rielo —fallecido en diciembre de 2004— porque el premio por él fundado ha puesto de relieve la rotunda vigencia de los valores de una sociedad que, a veces, parece abocada a la desesperanza y al pesimismo. El Premio Mundial de Poesía Mística ha conseguido cubrir un vacío importante dentro del ámbito literario, porque permite expresar la mística unión del alma con su Creador y restaura el diálogo resquebrajado de una humanidad que busca incansablemente lo divino. ■